

El "Dulce y Amoroso Verbo"

La espiritualidad cateriniana reconstruida directamente a partir de sus escritos. El misterio de la Trinidad es una presencia constante en la vida de Santa Catalina de Siena. En el ser humano hay tres facultades: memoria, entendimiento y voluntad. Por iniciativa de Dios que busca amorosamente al hombre, éste responde voluntariamente con su fe. El drama del pecado como desobediencia querida. La Encarnación y el sacrificio de Cristo para rescatar a su criatura. Jesús "puente" entre el cielo y la tierra, modelo al que conformarse, hasta que todos seamos "otro Cristo", en el total abandono al Padre.

La doctrina de Catalina y su vida espiritual, manifiestan sustancialmente, bien la doctrina guardada y transmitida en y desde la Iglesia católica o bien el hecho de posicionarse ante los misterios de la fe. Catalina no responde sólo por el consentimiento obediente de la fe, al Dios que se revela para invitar al hombre a la comunión con El, sino que, se apodera tan íntimamente del misterio, hasta hacerse una con él en su vida. El misterio de Dios uno y trino está presente constantemente en la vida y en la experiencia de la Santa. De hecho, la Trinidad es el ambiente, "el ecosistema", en el que Catalina vive, se mueve, existe, ora, ofrece, anuncia el Evangelio. Todo tiene su origen en la Trinidad y vuelve a Ella.

Dios, "la primera dulce Verdad", es amor y cada una de sus obras es una obra del amor. Esta verdad se verifica en la creación y se manifiesta todavía más claramente en la redención: "(...) el amor increado te condujo a Ti mismo a



Pintura alegórica de Mario Barberis "El árbol de la Humanidad" (1952), iglesia de Sto. Domingo, Teramo (Italia)

crear al hombre a tu imagen y semejanza, diciendo: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza". Esto es lo que hiciste, queriendo, Tú, Trinidad eterna, que el hombre participara plenamente de Tí, altísima y eterna Trinidad. Además Tú le diste la memoria para que el hombre se acordase de tus beneficios, y que por ella el hombre participara de tu poder, Padre eterno; y le diste

la inteligencia para que viéndola, conociese, tu bondad, y participase de la sabiduría de tu Hijo Único; y le diste la voluntad para que pudiese amar lo que la inteligencia ve y conoce de tu Verdad, participando de la clemencia del Espíritu Santo ¿Cuál fue la razón de que colocases al hombre en tanta dignidad? El amor inestimable con el que Tú contemplaste dentro de Ti mismo a tu criatura y te enamorarte de ella; luego la creaste por amor y le diste el ser, a fin de que gozase y se alegrase de tu eterno beneficio" (Diál. XIII).

Como es Uno el ser divino de la Trinidad en las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, así es uno el ser humano en las tres facultades, memoria, entendimiento voluntad: el hombre encerrado "en el jardín de la Trinidad" ha sido sacado de Su espíritu como una flor, desplegada en tres facultades, para que estas volvieran al jardín de la Trinidad llevando este fruto que Ella les había dado: el don de felicidad



Sta. Catalina mientras recibe los estigmas, cuadro atribuido a Domenico Beccafumi, pero también a Bartolomeo Neroni, dicho el Riccio

divina del que estaba colmada el alma en su estado de gracia (cf. Or. 21).

Este es el camino que la Trinidad ofrece, guía y lleva a su cumplimiento en cada criatura humana. Es ésta la vida del Espíritu, que tiene sus etapas, sus recorridos. Esta es la vida de la gracia. Es éste el proyecto eterno de salvación a través del que Dios une a El a la criatura y la pone en condición de vivir como aliada de El, le hace el don de una amistad eterna.

Así pues, las facultades están en el hombre para penetrar y entrar en el conocimiento de Dios, que se revela a él. Dios mismo toma la iniciativa de hablar al hombre con un lenguaje humano, de invitarle a tejer con El una relación de amistad, para que esta amistad pueda conducirle a una vida de comunión con El, una existencia que suponga un compartir todo lo que pertenece a uno y al otro. Y Dios hace todo esto, revelándose al hombre progresivamente, sirviéndose de una historia humana por medio de la palabra y de

la acción; Dios culmina el cumplimiento de su manifestación con el misterio de la Encarnación, entrando El mismo en la historia del hombre, en ese contexto de debilidad, de fragilidad y de caducidad que constituye la existencia humana. Por iniciativa de Dios el hombre responde "por la obediencia de la fe": a Dios, que se comunica El mismo, el hombre responde con obediencia, si quiere entrar en relación con El, es decir, entregándose en la amistad, a este proyecto divino que el mismo Dios le propone.

A este conocimiento de Dios, le sigue el amor. El amor es así el punto de convergencia de toda nuestra vida y de toda nuestra acción. La criatura humana participa, de hecho, a través de la inteligencia, de la sabiduría del hijo. Esta sabiduría no es del ámbito de la noción, sino que es de tipo existencial, porque produce el conocimiento y la fe. La fe, infusa en el don de gracia del Espíritu Santo en el Bautismo, es la respuesta, la entrega del hombre al proyecto de Dios.

Lo mismo que para Jesús, este proyecto se funda en la obediencia, en este abandono filial incondicional al designio del Padre.

El amor brota pues de la fe, y también de esos medios que la naturaleza posee en si, a través del "ojo de la inteligencia", en donde la fe es la "pupila". Al conocimiento humano iluminado por la fe, se desvela el ser de Dios. "Sentarse en la sede de la conciencia" y "obrar con conocimiento de causa", discernir y evaluar las opciones personales en relación a un proyecto reconocido como bueno, es el primero y el fundamental grado para iniciar el camino de la vida cristiana, para "seguir la Verdad", como diría Catalina.

Si la inteligencia es la fuente donde brota la vida de la gracia, la voluntad posee la llave que abre y cierra a la acción de Dios. La voluntad es el reflejo de la clemencia del Espíritu. La clemencia es ese don de la gracia, gratuito, que nace de este intercambio inmenso y alocado, de amor entre el Padre y el Hijo, hasta el punto de hacer que su amor sea una persona divina: el Espíritu Santo. Y este don que es clemencia, misericordia que se derrama sobre el hombre, habita con la gracia en el hombre, por el don de Dios, a través de los sacramentos, y es fuente de vida divina para la criatura misma. La cualidad de ese don nos hace ontológicamente hijos de Dios, criaturas nuevas, "agraciadas". No es algo "pegado" al lado de nuestra humanidad: es un don inherente a nuestra persona, y por lo tanto transformante, que está con nosotros, que nos habita interiormente, en la más profunda intimidad de nosotros mismos. Se da respues-

ta a este don con la voluntad, con el "sí" al proyecto del Padre para llegar a ser hijos en el Hijo, amados en el Amado.

Y aquí Catalina conoce el drama del hombre, su fragilidad: el pecado. Primeramente el primer pecado que rompe la unión entre Dios y los hombres y los hombres entre ellos, ha perturbado también esta unidad profunda del hombre consigo mismo, haciéndole vulnerable, incapaz de volverse, –utilizando una imagen de Catalina– de subir la corriente que le aleja de Dios y por lo tanto de los hombres.

Catalina expresa la realidad del pecado por medio de diversas imágenes, pero en su pensamiento la causa directa del pecado es la desobediencia. El hombre, creado por amor a imagen y semejanza de Dios para que gozase de su suprema y eterna felicidad, se aleja del Creador *"porque ella, (la criatura) había cerrado la puerta del deseo; el sol de la gracia salió de ella, no por culpa del sol, sino por culpa de la criatura que cerró la puerta del deseo"* (Diál. LXIII).

La motivación de la desobediencia del hombre está enraizada en su ser hecho a imagen y semejanza de la Trinidad. De hecho, tanto en la virtud como en la culpabilidad, el hombre se decide a obrar según la memoria, la inteligencia y la voluntad. En el pecado, actúa abusando de las tres facultades, aunque la falta se consuma en la voluntad. En efecto, sin su aprobación, no hay pecado, y en consecuencia, pecando, el hombre se hace "enemigo" del Ser divino de la Trinidad y en particular, "entra en guerra" contra la "clemencia", con el Espíritu Santo. Perdiendo "el vestido de la gracia", se pierde "el calor del amor divino"



(cf. Carta 160). Perdiendo la gracia divina por la desobediencia del pecado, el género humano se pone en guerra con el Espíritu Santo porque no logra someterse a esta voluntad de amor que procede del seno de la Trinidad: la falta del hombre reside fundamentalmente en el hecho de que él ama lo que Dios odia o que él odia lo que Dios ama (cf. Diál. XCVIII). La humanidad pecadora, en lugar de la invitación de la Trinidad al agua viva de la gracia en una vida de felicidad, ha preferido la invitación del demonio al agua que éste tiene para él: "en él está la muerte, pues invita al agua muerta" (cf. Carta 318).

A la rebelión del hombre contra la Trinidad, según las facultades del alma, ha seguido la rebelión del hombre contra sí mismo. La corrupción original constituye así un



río tempestuoso en el que toda la generación humana es atormentada: *"(...) y desde que él pecó (el hombre), un río tempestuoso, que le golpea sin cesar con sus olas, provocándole fatiga y tormentos del demonio y del mundo. Todos nadaban pero ninguno, con todas sus justicias, podía llegar a la vida eterna"* (Diál. XXI).

Así pues, el pecado se opone a la justicia que es propia de Dios como lo es su misericordia. Esta verdad se revela claramente en la redención: si Dios no hubiera amado "apasionadamente" al hombre, no hubiera entregado a la muerte a su Hijo Único. Para que su verdad se cumpliera, la verdad de la existencia como don de amor, el Verbo de Dios se encarnó y murió en la cruz, rescatando al hombre de la esclavitud del pecado (cf. Or. XVI).

La decisión de la Encarnación del Verbo se tomó en el "gran consejo de la Trinidad", antes de que el mundo fuese. Y si era un acto de misericordia salvar a la criatura de su propia ruina, era también justo el reclamar la devolución debida al desagravio de la divinidad: *"¿Qué medio encuentras, Trinidad eterna, a fin de que se cumpliera tu Verdad, y que tuvieras misericordia por el hombre y que se hiciera justicia? ¿Qué remedio has dado? ¡Oh! He aquí la prescripción: Decidiste darnos el Verbo de tu Hijo Único, y que tomase una carne como la nuestra, que te había ofendido, a fin de que soportándola en esta humanidad, se diese satisfacción a tu justicia, no en virtud de la humanidad sino en virtud de la deidad unida a ella: y así se hizo y se cumplió tu Verdad y quedaron saciadas la justicia y la misericordia"* (Or. XI). La Encarnación del Verbo tiene



por ello en el consejo de la Trinidad el deber, de restablecer la paz entre la generación humana "caída en la gran guerra" y el mismo Dios: a fin de que "de la guerra se llegue a la gran paz", Dios nos dió a su Hijo, ese "mediador" entre El y nosotros (cf. Diál. XIII) Para satisfacer la falta contra el Ser Infinito de Dios, el consejo de la Trinidad envía al Verbo, revestido de la misma naturaleza corrompida de la humanidad de Adán" (...) *a fin de que soportase la pena en esta misma naturaleza que había ofendido; Y sufriendo en su cuerpo hasta el fin la muerte humillante de la cruz, apaciguara mi cólera*" (Diál. XIV).

Además Verbo de Dios no vino sólo, sino que vino con el poder del Padre y su Sabiduría y con la clemencia del Espíritu Santo. La naturaleza perfecta y rica de Dios, que el Verbo ha recibido del Padre, ha asumido la imperfección y la miseria de esta humanidad, para fortalecerla, y enriquecerla con el don divino de Si: "*¡Oh Trinidad eterna, fuego y abismo de caridad! ¡Oh loco por tu criatura! ¡Oh verdad eterna! ¡Oh fuego eterno! ¡Es solamente tu sabiduría la que ha venido al mundo? No; porque tu sabiduría no existió sin el poder, ni el poder sin la clemencia.*"

Así pues las dos naturalezas están unidas en la única persona del Verbo encarnado. Este, asumiendo la naturaleza humana, la ha purificado y elevado hasta la naturaleza divina, la ha devuelto donde la Trinidad la había colocado en su origen y más aún, la une a la naturaleza divina en la persona misma del Hijo.

Después, Catalina profundiza el misterio de la Encarnación relacionándolo al de la redención con la imagen del injerto. La Trinidad, misterio de comunión y de amor es árbol de vida; de éste ha querido que salga la criatura, árbol libre, capaz de dar fruto por medio de los dones con los que la criatura se ha visto de nuevo colmada. Pero la desobediencia al proyecto de Dios le ha hecho volverse en árbol de muerte que, lejos de la comunión con Dios, producía frutos de muerte. (Or.X)

El inmenso amor de Dios por su criatura condujo, pues a su Hijo a realizar dos injerto. El primero "en el árbol de la naturaleza humana" que revela al hombre el rostro del Padre y le abre de nuevo ese camino hacia la felicidad, que a causa del pecado le estaba prohibida. Injertando la naturaleza divina en la humanidad, el árbol de la vida de Dios devolvió al hombre, además una nueva vida y la capacidad de de dar de nuevo un fruto de amor y de comunión. El segundo injerto es el que llegó sobre el árbol de la muy santa cruz, y no a través de los clavos, sino a causa de su amor desmesurado por el hombre. De este injerto brota la Sangre de Cristo, que precisamente por la unión con la naturaleza divina da en el hombre frutos de vida (Or. XIII).

Catalina ve por lo tanto en la Encarnación la manifestación del

Dios invisible el que se complace en revelarse Él mismo y también su comunión de amor, para invitar al hombre a compartirla. Y esta primera manifestación se expresa en el primer injerto, en la Encarnación del Verbo en la naturaleza humana. El segundo injerto trae al hombre la redención: a través de su sacrificio pascual, Cristo muerto por el pecado y sus consecuencias.

En efecto, el Hijo de Dios encarnado, es el que se alimenta "en la mesa del santo deseo", un deseo al que Catalina llama "crucificado" y que El lleva consigo desde el comienzo hasta el fin. En su deseo, Cristo acogió al mismo tiempo el deseo de Dios y el del hombre. Efectivamente, desde el momento en que la Palabra encarnada fue inseminada en el seno de María "la cruz del deseo se despertó en El": hacer la voluntad del Padre, a través de la obediencia, para restituir al hombre el don de la gracia y que éste reciba de nuevo el fin para el que fue creado.

Como Pablo, Catalina, del que ella es "la" fiel discípula, se sumerge en la historia de la salvación y de su significado profundo. Y por ello, Catalina no quiere saber nada "sino a Jesucristo y Jesucristo crucificado" (1 Cor 2,2). Las imágenes con las que ella contempla el misterio de Dios encarnado y crucificado por amor al hombre, reflejan los diversos aspectos de su misión. Dios es el enamorado que se une a la humanidad como esposa, para que toda la vida tenga el deseo de conquistar Su corazón. Y para ello, El va "al oprobio de la cruz". El es pues, el camino que lleva a la Trinidad, para descubrir el amor infinito del Padre, camino

para entrar en la Salvación. El es el maestro subido "sobre la sede de la Cruz" para entregarnos su doctrina fundada en la verdad; El es el libro abierto, no existe ningún iletrado que no sepa leer el mensaje que sale de la Sangre vertida por todos los hombres. Cristo es por esto el camino hacia la vida, Él Mismo es la Vida.

Cristo es el puente tendido entre el cielo y la tierra, en la unión de la naturaleza divina con nuestra naturaleza humana. Y en el puente hay una escala, hay una puerta, hay alimento que nutre y sostiene al viajero en su camino; Él es bebida que embriaga, baño que purifica. Cristo es nuestra paz, que termina la guerra amarga del pecado y nos conduce al mar pacífico de la Trinidad. La Trinidad, Primera dulce Verdad, ha manifestado en Cristo-Verdad, la verdad del amor, el verdadero sentido de la historia y del ser humano. Por esto, para el hombre la Verdad se identifica con la persona de Jesús de Nazaret, Verdadera Palabra del Padre: El es la Verdad.

Cristo es el Hijo Único que está en el seno del Padre y que nos ha revelado a ese Dios que nadie ha visto jamás (cf. Jn 1,18); El, por quien todo ha sido hecho y nada de lo que existe ha sido creado sin Él (cf. Jn 1,3); Él, imagen de Dios invisible y engendrado antes que toda criatura (cf. Col 1,15). Él, esplendor de la gloria del Padre e impronta de su sustancia (cf. Heb 1,3). Él, a cuya imagen el Padre nos ha predestinado a ser conformes (cf. Rm. 8,29)

Este es el proyecto eterno de salvación a través del cual Dios se une a la criatura y la pone en condiciones de vivir en alianza con El, le hace el don de una amistad eterna.

Salvados y liberados del pecado, gracias al sacrificio de Cristo. El camino de la criatura es el de conformar continuamente su voluntad con la de Cristo crucificado. Este es el camino que nos hace amigos de Dios, un don que no se añade desde el exterior, y que no es el fruto de observancias exteriores, sino que es la vida del Espíritu que vive en nosotros, que nos injerta a Cristo crucificado, que nos alimenta con su Sangre, que nos hace hijos en el Hijo, que obra con don y virtud para que la vida del hombre sea un conformarse, una armonía perfecta como lo es la comunión trinitaria.

La criatura humana está creada capaz no solamente de responder a Dios, sino también igualmente de corresponderle en la existencia de una vida que es gracia, gratuidad, don. Cada hombre, como creado a imagen y semejanza de Dios, bautizado y como consecuencia sumergido en el misterio pascual de Cristo, puede reconocerse hijo, enraizado en la gracia de Dios que le alienta a obrar, en un dinamismo que es el de la comunión de alianza, ese dinamismo en el que de ningún modo es importante qué acciones y cuántas realizar, sino que lo fundamental es cumplirlas en Él, y en comunión con los hermanos.

Esto es lo que quiere decir "hacerse otro yo", llegar a ser "Cristos" del Padre que han "renegado" la voluntad propia para ser "revestidos" y conformados a la voluntad de Cristo. Llegar a ser otro Jesús, significa estar en tensión hacia la salvación de la humanidad, según la voluntad del Padre porque esto es el "Oficio del Verbo". Ser otro Jesús signifi-

ca ser hijo adoptivo del Padre y con el Padre ser Amor, en virtud de la acción transformante del Espíritu Santo que habita en el corazón de todo hombre y que gime con él con el vivo deseo de conducirlo a la vida eterna (Rom 8,14-27).

El hombre tenía el deseo de ser como "dios" en oposición al Dios-Amor, lo que le llevó a la desgracia, cuando realmente puede ser participante de la vida de Dios, pero por el camino de "la renuncia a si mismo" camino que Dios nos ha mostrado en Su relación trinitaria y que Jesús, Palabra del Padre, hizo suyo en la Encarnación.

Llegamos a ser "otro Cristo", para que en el camino de la obediencia, intentemos la identificarnos con la única voluntad de Salvación del "dulce y amoroso Verbo", en la medida en que este camino conduce a la criatura a reconocer, en la vida y en sus obras, las palabras y las acciones del Señor, a asumirlas, y a comprometerse a practicarlas.

Hna. M. Amelia Grilli

Hna. M. Amelia Grilli

